
Introducción

Durante años después de constituirse las instituciones de educación y de investigación superiores en el país, el examen y análisis de la situación de la población negra introducida durante los tiempos coloniales, fue un tema no tocado por historiadores o antropólogos. Como en otros aspectos, fue Gonzalo Aguirre Beltrán quien rompió el silencio al publicar, en 1946, *La población negra de México*. En 1972 se conoció la segunda edición, corregida y aumentada, de esta importante obra que editó el Fondo de Cultura Económica en la colección "Tierra Firme". De esa fecha a nuestros días, el libro ha conocido varias reimpresiones y está incluido en la edición de las *Obras Completas* de Gonzalo Aguirre Beltrán que el propio Fondo de Cultura publicara con el concurso de otras instituciones.

Ciertamente, la obra de Aguirre Beltrán abrió en México los estudios de la población de origen africano y afroantillano traída a nuestro país desde el siglo XVI. Pero pasó un buen tiempo para que este libro tuviese seguidores. Fue Luz María Martínez Montiel quien sistematizó, años después, el estudio de la población negra en México, a partir de su libro *La gota de oro* (Veracruz: Instituto Veracruzano de Cultura, 1988). Previo a ese libro, en 1987, Luz María Martínez Montiel había publicado su artículo "Distribución de la población negra en la Nueva España" (*Memorias del Tercer Congreso Nacional de ALADAA*; México). De aquí en adelante, la propia Martínez Montiel siguió publicando trabajos sobre la población negra que alentaron a más estudiosos mexicanos a ocuparse del tema.

La situación del interés relativamente tardío de los investigadores mexicanos por la población negra de México, tiene varias causas que conforman una explicación compleja. Pero es, quizá, la gran importancia que se dio a la integración de los pueblos indios a la nacionalidad mexicana y la convicción en el mestizaje, provocados ambos aspectos por la Revolución de 1910, lo que determinó en gran medida el olvido de la población de origen africano. Ello contrasta con el interés que desde tempranas fechas del siglo XX, cuando no de finales del XIX, tuvieron los antropólogos e historiadores brasileños, cubanos o norteamericanos por el análisis de la población afro en sus respectivos países.

De hecho, en el caso de Gonzalo Aguirre Beltrán, fue el antropólogo norteamericano Melville J. Herskovits quien lo inició en los estudios afroamericanos. En Brasil, a principios del siglo XX, el médico Raimundo Nina Rodríguez inició —quizá para América Latina

toda— los estudios de la población negra, mientras en Cuba el pionero fue el destacado antropólogo Fernando Ortiz, de tan grato recuerdo. En 1993, la mencionada Luz María Martínez Montiel publicó un artículo sugerente e innovador en el campo de los estudios afro. Me refiero a “La cultura africana: tercera raíz,” incluido en *Simbiosis de Culturas* compilación que hizo Guillermo Bonfil Batalla y que editaron sus estudiantes en 1993. Con ello, los estudios acerca de la población negra mexicana se consolidaron al generalizarse la idea de la “tercera raíz”. En el propio Occidente de México, los estudios empezaron a surgir, uno tras otro, en las plumas de Juan Carlos Reyes, Álvaro Ochoa, Mario Alberto Nájera, Celina Becerra, María Guadalupe Chávez, Lucía Arévalo, Rodolfo Fernández, Arturo Chamorro, para citar sólo a algunos. Por supuesto, no se olvidan los trabajos de orden general para la Nueva España de Solange Alberró, ni la caracterización etnográfica de Carlos Basauri o el trabajo de Patricia Carroll para Veracruz.

Con los antecedentes anteriores se comprende mejor la destacada importancia que este número de *Estudios Jaliscienses* reviste en el escenario de los estudios afro en el Occidente de México. Se trata de un número que pone una marca en este tipo de trabajos. Cuatro plumas jóvenes, pero experimentadas en la investigación, hacen contribuciones que van más allá de lo que hasta ahora se había dicho acerca del negro en Occidente y en particular, en Jalisco.

Celina Becerra comprueba que los negros no sólo se distribuyeron por las costas o las plantaciones. En verdad, su presencia es generalizada en el territorio abarcado por la Nueva Galicia. Incluso en regiones en las que se preveía escasa o nula presencia de los negros, no resulta ser así, como en el caso de Los Altos de Jalisco en donde está situado el municipio de Jalostotitlán, examinado con detalle por Becerra. En mi propio trabajo de los años setenta, señalé la presencia de los negros esclavos en Los Altos y la existencia de un mercado de esclavos en Jalostotitlán. Celina Becerra documenta este caso haciendo una detallada exposición de los archivos, aportando cifras mediante las cuales es posible inferir, sin titubeos, la importancia de la población negra en la región alteña. Según Becerra, desde el siglo XVII ya existe la población negra que, con el transcurrir de los años, forjó al afroalteño, como acertadamente apunta la autora. Muy importante aseveración que realza la contribución de Celina Becerra. En efecto, el negro en Los Altos no es marginal. La población negra contribuyó a la forja de la cultura regional alteña y tuvo una dinámica notable, incluso en el mestizaje, como lo demuestra el trabajo acucioso, de excelente factura, de Celina Becerra.

Mario Alberto Nájera caracteriza el escenario histórico en el que se movió la población negra en México, y su desarrollo. Desde un principio hace ver cómo la trata de negros se convirtió en un jugoso negocio que fue objeto de estiras y aflojas entre los poderes imperiales de la época. En esos forcejeos por dominar el comercio de negros, Inglaterra se erigió con el dudoso y oscuro honor de ser la nación principal en la trata de negros, incluida la Real Casa que emprendió con singular entusiasmo su participación en el negocio. Si Inglaterra fue el mayor proveedor de esclavos negros, Nueva España constituyó el destino principal, por lo menos hasta 1640. De este panorama general, Mario Alberto Nájera pasa al examen de la situación en la Nueva Galicia. Me parece interesante la caracterización que al respecto propone Nájera de la Guadalajara del siglo XVII como una capital afroespañola, debido a la importancia no sólo demográfica sino cultural de la población negra en la ciudad. También es convincente este autor en mostrarnos la generalidad de la práctica de la esclavitud, incluyendo a los clérigos y las monjas. Lo más importante, lo que destaca en este trabajo de Mario Alberto Nájera, es su descubrimiento del afrojalisciense como una categoría étnica, componente histórica de la sociedad en Jalisco. El afrojalisciense fue también un "Hombre a Caballo" y como tal, su presencia es actual en la cultura contemporánea del estado.

Con espléndido sentido del humor y mejor intuición histórica, Álvaro Ochoa nos traza la importancia de la población negra en La Barca. A través de un detallado examen de bautizos y matrimonios, Ochoa nos descubre la forja de la convivencia entre negros y blancos. En La Barca, la presencia significativa de la población negra data de, por lo menos, la segunda mitad del siglo XVII, lo que coincide con lo afirmado por Becerra en el caso de Los Altos. Asimismo, tanto en esta última región como en La Barca, hay bastante evidencia documental de matrimonios entre población negra y no negra. Ochoa nos descubre a una población negra activa, forjadora también del perfil cultural de los habitantes de La Barca, con capacidad para moverse entre los espacios que la sociedad dominante le dejaba. Un espléndido trabajo de etnohistoria.

Romina Martínez aborda un aspecto de señalada importancia con respecto a la población negra: sus esfuerzos por sacudirse de la esclavitud. Durante todo el tiempo, la población negra no cejó en los intentos de alcanzar la libertad. Martínez nos recuerda que en el Caribe, al negro huido se le llamó Cimarrón, término que no se aplicó en tierras de Nueva Galicia. Pero igual aquí, en la Nueva Galicia, los negros también huyeron, buscaron la libertad. Huidores se les nombró. Martínez

descubre un ángulo singularmente importante en el examen de las fugas y es la existencia de nexos, de relaciones sociales, entre la población esclava y el resto de la sociedad. La naturaleza de esas relaciones fue variada, como muestran los análisis de casos que hace Romina Martínez. Esos mismos casos nos descubren una sorprendente variedad de situaciones como causas de las fugas aunque el común denominador es, por supuesto, la condición de esclavo.

Los trabajos incluidos en este número conforman una lectura que aclara aspectos nodales de nuestra historia y de cómo se forjó la tradición cultural en el Occidente mexicano. Sin embargo, lo que encuentro más significativo es la demostración de la amplia variedad étnica y cultural del Occidente de México en general y del estado de Jalisco en particular. Dicha variedad es mucho mayor y más compleja de lo que hasta la fecha se ha querido admitir. Como observamos, los trabajos de Nájera, Becerra, Ochoa y Martínez, pasan a ser una lectura útil para todos quienes nos interesamos por examinar la Sociedad y la Cultura, en su más amplia acepción, del Occidente de México.

Andrés Fábregas Puig